

LA HABANA ES UN GIGANTESCO

BASURERO

Es necesaria la eliminación de todos los barrios de indigentes

COMO SIRVE LA POBREZA A LOS FINES ELECTORALES.- ESCENAS QUE CONMUEVEN Y APRIETAN EL CORAZON.- LOS LATONES: AHI ESTA LA COMIDA.- LOS NIÑOS TRISTES ABANDONADOS

No. No hablaremos de las ciudades construidas con desechos donde se alberga la llamada indigencia de La Habana —más amoral que menesterosa— marcando el último grado de la miseria cubana. Ya no hay colores para pintar el baldón nacional de "La Yaguas", "Llega y Pon", "La Cueva del Humo" e "Isla de Pinos", heces hacinadas en la periferia de la gran urbe indolente, desaprensiva y orgullosa. Si rozamos el tema —de soslayo y de prisa para evitar la asfixia— es porque resulta intolerable para nuestro olfato —el olfato capitalino— la hediondez que espargen por toda la city, en función de pequeños Cayo Cruz, los tugurios amontonados puercamente, desde hace tantos años, al borde mismo de avenidas principalísimas.

El mal se ha recrudecido ahora. Es como si deliberadamente se hubiera querido aumentar el hedor vergonzante que La Habana despide. Como si a la intolerable fetidez de los puestos de frita, de las charcas de agua corrompida, de los latones de basura volcados sobre calles y parques, se hubiera querido agregar, acrecentándolo hasta su máximo grado, el mal olor de los titulados barrios de indigentes.

Vamos por la avenida Gancedo —no hay como ser millona-

Una Avenida que se hace intransitable por el hedor permanente

rio para dar nombre a calles, parques y paseos— y no obstante que imprimimos mayor velocidad al automóvil, nos alcanza, nos envuelve y marea, la peste indescriptible. Es una rara mezcla de perfume en el que son partes los olores de estiércol, de comidas a medio digerir, de cloacas ahitas de aguas albañales, de la bahía cargada con mosto y con vísceras de reses.

Al día siguiente de la última experiencia olfatoria —¿la última?— fuimos con Miralles y su cámara. Armados ambos de gran resignación. Ahí están las fotos que comprueban nuestro aserto. Que dicen bien a las claras —terriblemente, objetivamente expuesta— la verdad incontrovertible.

Junto al contén de la gran avenida hallamos varios depósitos de materias putrecibles, —restos de comidas, trapos sucios, latas vacías— cuya peste nos anonadó materialmente. Estaban sobre el asfalto pulido de la calzada en el momento de nuestra visita, y allí están todavía. Pero lo que de cierto nos oprimió el pecho con un sincero dolor humano, lo que de verdad nos estremeció en lo hondo, constriñendo dentro de nosotros hasta el último vaso ca-

ción particular de los propietarios de los terrenos donde están ubicados estos barrios.

La noticia es fresca. En el barrio de nuestra historia, —triste, desoladora historia— conocido por "Isla de Pinos", se están derribando las casuchas de yaguas mediante el pago de unos pesos a los indigentes que las habitan. Ello, en este caso, se debe —según nos informan—, a la presión del señor Manuel Aspuru para que sea desalojada totalmente su heredad, ahora aumentada de valor por la construcción de la red de avenidas que desembocan en la Vía Blanca. El hecho ha dado motivo para gestiones politiqueras. Manolo Maza está acaudillando un movimiento de protesta entre la población pinera frente a las posibilidades de total desaparición de la barriada menesterosa. Su actitud de desfacedor de entuertos responde a la política del candidato prefabricado de Palacio, el ingeniero Carlos Hevia, a cuyo servicio tiene este Don Quijote de los aduquines un soberbio auto dotado con un flamante equipo de altoparlantes.

Pero así se escribe la historia en Cuba. La indigencia, más falta de moral que de medios de vida, y precisamente por amoral, sirve a los fines electorales de los que sueñan con un continuismo a todas luces imposible.

2)

pilar, fué la escena que no recogió la **Speed Graphic**: un parvulito de apenas cinco años de edad comía de los detritus pestilentes. Volvimos la cara horrorizados. En tanto, nuestro fotógrafo hizo que el niño tirara lo que tenía en la boca. Luego supimos que era un canistel.

Un mozalbeta se adelantó entonces exhibiendo una sonrisa irónica. Se agachó y tomó un plátano podrido de aquel montón de bazofia. Así lo retrató Miralles, como desafiándolo por la molesta intervención en su vida selvática, mientras deglutía la pulpa envenenada de la desechada fruta tropical.

Y mientras estas cosas increíbles suceden porque la basura se ha adueñado de la calle, porque los desperdicios de la ciudad lo invaden todo, el jefe del Departamento de Limpieza de Calles —especie de ministro autónomo dentro del Ministerio de Salubridad— aspira estólidamente a ocupar un escaño en la Cámara, apoyado en los miles de pesos supuestamente destinados a la higiene pública, y también —esto es lo más execrable que darse pueda— en su condición de antiguo chofer del Presidente de la República. Su nombre es popular en cualquier comité político de La Habana: se llama Lino Blanco. ¿Qué le importa a él que trascienda a muerto toda la ciudad? Porque lo cierto es que la ciudad hiede a cadáver y que toda la esperanza que queda al habanero de que desaparezcan los antros que tanto contribuyen a su pestilencia, está en la ges-

Alerta, nov 17/51

K

UNA GRAN AVENIDA FRENTE A UNA GRAN IGNOMINIA



La fotografía da una visión de conjunto de la avenida Gancedo que va de Concha a Fábrica. A la izquierda, tomando hasta la acera de la céntrica rúa, el barrio «Isla de Pinos», representa la mancha de ignominia más vergonzante de cuantas afean a la urbe, la contaminan de los más rancios olores, la amenazan de las peores epidemias y la degradan.

97

UN MANCHÓN EN LA URBE



«A todo aire», como para que no pase nadie sin verla, está la barriada indigente de «Isla de Pinos». Su ubicación, en el centro de la red de avenidas que desembocan en la Vía Blanca, es como

un reto al decoro de la ciudad indolente a las fistulas que la corroen desde sus flancos, mientras lleva sólo físicamente limpias otras partes de su anatomía urbana: el Capitolio, el Palacio Presidencial, el Ministerio de Salubridad.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

UNA ESPERANZA QUE DESESPERA



Dijo El que «la esperanza del mundo está en los niños». No serán éstos de la foto —habitantes de «Isla de Pinos»— que junto al barrio miserable comen de los desperdicios tirados al margen de la avenida Gancedo. La expresión del pequeño semidesnudo, entre asombrada y regañona, parece desaprobador la actitud del mozalabete que sacia su hambre con residuos de plátanos podridos. Sin embargo, el infeliz parvulito había comido antes de un canitel recogido entre la basura, que no llegó a deglutir del todo por la pronta intervención del repórter.



La acera y la alcantarilla adosada a ella pertenecen a la avenida Gancedo, en cuyo borde se levanta el poblacho «Isla de Pinos»: montón de casuchas construidas de desechos que se superponen sin orden ni concierto sobre la podredumbre. Los desperdicios, captados por la lente de Miralles, están integrados en su mayor parte por restos de comidas descompuestas que hieden espantosamente. El niño —¿acaso es lo menos importante en la foto?— ha salido de su pocilga y contempla el tráfico continuo de los lujosos automóviles, mientras las emanaciones de los detritus son aspiradas por su naricilla contaminando su sangre de todas las impurezas.

CRIMONIO
MENTAL
DEL HISTORIADOR
LA HABANA

UN BUEN COMERCIANTE



«Isla de Pinos», el barrio hediondo, está habitado por gente que trabaja en empleos bien remunerados como por gente que nunca ha querido trabajar. Su población abarca la gama de todos los oficios; desde el albañil, el carpintero, el mecánico, hasta el tahur de «chivichana» y el proxeneta que explota niñas impúberes. De viejo se han hecho al hábito de vivir sobre la podre que mal hiede terriblemente, al borde de rúas principalísimas. Y hasta comerciantes, detallistas prósperos, son allí la representación de la burguesía. El señor que habla a nuestro compañero Zamora es

José Taboada Expósito, uno de los veinte bodegueros de aquel barrio. Es lógico (?) que se oponga al derribo de las casas de yaguas porque perdería su negocio. Textualmente expresó al periodista: ¡Seré el último en salir de aquí!



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA